

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

POR EL PENALTY HACIA LA DEMOCRACIA

Habíamos quedado en que la sociedad actual atraviesa una grave crisis de autoridad. Esto se ha venido repitiendo hasta la saciedad. Lo que no se ha dicho es que quedaba una parcela de actividad humana que había escapado milagrosamente a la contestación generalizada. Esta excepción, este caso único en el planeta de ciudadano que ha conservado incólume su autoridad, es el árbitro de un partido de fútbol. Como si no hubiera habido Mayo de 1968, la revolución cultural china, la revolución cultural americana, la primavera de Praga, el Concilio, la revolución litúrgica y el contraste de pareceres, el árbitro ha seguido ejerciendo su profesión de una manera ostensiblemente despótica y napoleónica, decidiendo por su cuenta y con gesto autoritario si ha sido penalty o no ha sido penalty y si ha sido gol o no ha sido gol. Uno nunca ha comprendido por qué —si el gobernante no puede gobernar, el jefe de empresa dirigir, el padre de familia hacerse obedecer, el catedrático explicar la lección, el Papa fijar el dogma y el autor teatral escribir obras de teatro (pretensión intolerable, como se sabe, pues ya las improvisan el director y los actores)—, uno no comprende por qué extraordinario privilegio, repito, un señor en «shorts», trotando por la hierba con un silbato en la boca, puede imponer su santa voluntad a veintidós muchachos que están sudando la gota gorda y a cien mil personas que, encima, han pagado.

Creo por ello que en vez de inquietarse tanto por la crisis de los árbitros había que aprovechar la ocasión para intentar una renovación democrática de las estructuras futbolísticas en el sentido de limitar el poder absoluto del árbitro. Más aún, ya en plan revolucionario, propongo que se elimine pura y simplemente al dictador del silbato; es decir, que los partidos se jueguen sin árbitro.

Imagínese, por ejemplo, sin ir más lejos, una final de Copa Madrid-Barcelona sin árbitro. A la primera zancadilla en esa zona difusa en que parece que empieza el área, los jugadores de ambos equipos se reunirían con toda calma, se sentarían en rueda en el césped, entablarían un razonable diálogo y decidirían democráticamente si fue penalty o no fue penalty. En el caso —que no hay que descartar— de que no llegasen a un acuerdo, se procedería a una votación levantando el dedo o bien con papeletas que les serían suministradas al efecto. Si por una fatal casualidad hubiera once papeletas «sí» y otras once «no», entonces debería someterse el problema al pueblo; es decir, al público. Los cien mil espectadores compartirían amistosamente por pequeños grupos sobre la procedencia o improcedencia del penalty, y así, sin incidentes y dentro de una total pureza democrática, se resolvería el pequeño conflicto.

El mismo procedimiento de cogestión decisoria se podría utilizar en caso de gol dudoso —sobre todo si la jugada se produce en la prórroga, que es cuando la cosa puede ser decisiva y, francamente, soplar en el silbato es, además de peligroso, demasiada responsabilidad para un solo señor.

Quizá sea aventurado garantizar «a priori» el rápido y perfecto funcionamiento del nuevo sistema. Lógicamente, deberá haber un período de adaptación. Pero la eficacia final del método está fuera de dudas, como acabamos de demostrar.

Además, después de haber explorado tantas vías originales hacia la democracia, ¿por qué no intentar ésta?

pais— no tiene remedio, a menos que suceda uno de los acontecimientos que con tanta insistencia se profetizan: la «revolución», que dicen unos, apuntando a la izquierda —manifestada en huelgas, revueltas, manifestaciones, etcétera—, o el «golpe de estado», que dicen otros, acusando a la derecha —conjuras, contactos «griegos», sociedades secretas, generales inquietos, documentos clandestinos, neofascismo—, aunque la consideración general es la de que estos acontecimientos parecen poco probables. El nuevo gobierno de Colombo intenta trascender de la consideración de veraniego que le atribuyen los comentaristas —formado para cubrir el período de vacaciones parlamentarias y amenazado de disolución tan pronto como comience la temporada—, y una de sus principales armas para ello es precisamente la institución del inmovilismo obligatorio: otra crisis, dicen, sólo podría terminar con la constitución de un gobierno idéntico o con variaciones imperceptibles.

La única variación posible sería la



Colombo, ¿gobierno veraniego?

de dar entrada a los comunistas en el gobierno, por primera vez desde el final de la guerra. Pero precisamente el inmovilismo está constituido en forma de barrera anticomunista y Colombo ha manifestado una vez más lo que ya se comenzó a decir hace ahora veinticinco años y ha sido dogma de la política italiana: las posiciones del partido comunista son «inconciliables» con las del poder, «por razones ideológicas y políticas».

DESHELO

¿Hacia una gran Europa?

La mayor parte de los comentaristas de la prensa y la radio occidentales han calificado de «histórico» al tratado germano-soviético firmado finalmente en Moscú por los ministros de Asuntos Exteriores de los dos países, y pendiente ahora de la ratificación del parlamento de la República Federal

a su vez, como factor decisivo para la celebración de una conferencia de seguridad europea, tantas veces propuesta por la URSS y los países comunistas.

Manlio Brosio, secretario general de la NATO, ha acusado recibo del memorándum de los países del pacto de Varsovia (22 de junio) acerca de este proyecto de conferencia con estas palabras: «Puede decirse que la fase de las declaraciones políticas ha terminado y que la fase de las negociaciones ha comenzado». No obstante, precisa los tres puntos de vista de la OTAN acerca de esta conferencia: Primero, no deben tratarse los problemas internacionales en «compartimientos estancos», sino que todos ellos deben ser considerados en su conjunto; segundo, los gobiernos de la NATO se reservan el derecho de determinar exactamente el contenido y al resultado posible de las negociaciones, y tercero, no debe establecerse ningún nuevo sistema de defensa o de seguridad en Europa sin el apoyo y la participación de la NATO. En las zonas más optimistas de Europa se considera que el verdadero deshielo ha comenzado y que en un futuro, relativamente próximo, podrá darse por terminada la división del continente en dos bloques distintos, mediante el respeto y el reconocimiento mutuos de los sistemas políticos y económicos de los distintos países.

En «Izvestia», de Moscú, se señala que el memorándum proponiendo la conferencia ha sido acogido con entusiasmo, principalmente por parte de la clase obrera, y que sus adversarios más encarnizados son «los partidarios de la pequeña Europa». Como síntoma anecdótico del «cambio de clima» puede decirse que los ciudadanos de Alemania Federal se han precipitado ya hacia la URSS para su viaje de turismo veraniego y que los contactos personales entre alemanes y soviéticos son, por primera vez, extremadamente

GOBIERNO 32

Italia regresa al punto de partida

Un mes justo después de haberse abierto la crisis política en Italia se ha conseguido un nuevo gobierno —el número 32 desde que terminó la guerra—, cuya característica esencial es que es idéntico al anterior, con alguna breve variación (lo preside Colombo), en lugar de Rumor; el socialista unitario Mateotti es ministro de Turismo y Lupis, que desempeñaba este cargo, se convierte en ministro sin cartera), pero manteniendo estrictamente la tendencia centro-izquierda mediante el «cuatripartismo». Este curioso suceso es la demostración de que el inmovilismo en la política italiana —en contraste tan fuerte con la agitada vida social y sindical del



Walter Scheel, ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal Alemana, informa al gabinete sobre la firma del tratado con Moscú. A la izquierda de Scheel, Willy Brandt, jefe del gobierno.

Alemana (que obtendrá, sin duda, aunque se prevé un debate de cierta dureza). Se le considera como la apertura de un camino fácil para la continuación de negociaciones entre las dos Alemanias y de Alemania Federal con Polonia y Checoslovaquia, y ello

cordiales, como si finalmente se hubiese borrado el resentimiento y el recuerdo de la guerra. Alemania Federal está, por primera vez, a la cabeza del turismo europeo en la Unión Soviética (exceptuando a Finlandia, que tiene relaciones especiales con Rusia).